

RASPANDO LA CRUZ

Rafael Spregelburd

RASPANDO LA CRUZ

Rafael Spregelburd

PERSONAJES

WECK
ADOLF
DORITA
HERR VOGEL
FRAU VOGEL
TRAUMA
BRUNO
MANSILLA
HILDA
RUBÍ
MENDIGO
CERDA

secuaz de Weck
amante de Weck
vecino de Weck
su esposa
hermana de Weck
amigo de Weck
general alemán
dueña del hotel
su hija

Música original, efectos en cinta e instalación acústica: Federico Zypce

Utilería y gráfica: Isol

Fotografía: Patricia Di Pietro

Diseño de luces y escenografía: Rafael Spregelburd

Asistente de vestuario: Carolina Valente

Asistente de dirección: Alejandra Cosin

Dirección general: Rafael Spregelburd

Raspando la cruz fue estrenada el 13 de junio de 1997 en la sala del Centro Cultural Ricardo Rojas de Buenos Aires, bajo la dirección del autor, con el siguiente reparto:

WECK
ADOLF
DORITA
HERR VOGEL
FRAU VOGEL
TRAUMA
BRUNO
MENDIGO
HILDA
RUBÍ
MANSILLA
CERDA

Ruy Krygier
Alfredo Martín
María Onetto
Alberto Suárez
Gabriela Izcovich
Julia Catalá
Máximo Lazzeri
Pablo Ruiz
Mónica Raiola
María Inés Sancerni
Rafael Spregelburd
María de los Ángeles Salvador

El texto de la obra ha sido traducido a los siguientes idiomas:

Alemán, por Almuth Fricke

Neerlandés, por Bart Vonck

Italiano, por Lía Ogno

Estas traducciones fueron parte del encuentro Oltrebabele organizado por La Loggia (Firenze, Italia, 1998).

Apuntes sobre Rasgando la cruz publicados en el programa de mano

I

El tiempo como Historia es una creación de la cultura judeo-cristiana, la sucesión rectilínea de los acontecimientos es una trayectoria cuyo sentido está determinado por el instante final.

La Historia condena a las cosas al retraso, las obliga a moverse a la velocidad de la razón, una velocidad impuesta al acontecer para que sea posible una lógica y su enunciación gramatical.

La necesidad de Historia es un hambre oscura, antes instintiva que racional.

Nace de un terror visceral al azar, al horror de que los acontecimientos se ordenen como destino.

Apartarse de la trayectoria de la causalidad implica abrirse a una extensión de fatalidad, y en la fatalidad no hay sucesión, todo se da simultáneamente.

Lo fatal es una forma y como tal está enteramente presente y perpetuamente cerrada.

Tiene un mismo y único signo para el comienzo y para el final.

Mediante una operación sencilla y prodigiosa el autor evidencia que la Historia es irreflexiva, que se enrarece y desaparece leída al revés.

La Historia (y la anécdota) exige individuos, personajes, constancias de identidad bajo el dominio del lenguaje. Los personajes son rehenes de sus nombres y de sus dichos.

Contra estos imperativos, que implican un teatro de identificación, el autor hace teatral la descomposición de las identidades, cada personaje está a la vez adentro y afuera, el cuerpo del otro es el cuerpo propio. Hay un sistema de espejos que no reflejan la contradicción.

Y este sistema óptico nos devuelve una extraña imagen del Mal.

El Mal no es el demonio enemigo, la antítesis de Dios y del Bien, sino algo extraño y desorientador: lo Semejante. El Mal no

es lo antagónico del Bien sino su Doble indisociable.

Eduardo del Estal

II

Acerca de esta obra

Una o dos aclaraciones

Una: en esta obra ocurre un único hecho sobrenatural: a partir de un punto dado, como verán, el tiempo de la historia retrocede y busca desesperadamente un origen que no encuentra, como ocurre en los reflejos. El mundo tiende a volver a la nada y el sentido a disolverse en el azar. Caray, ya les conté el final.

Dos: en el cementerio judío de Praga, en uno de los viejos edificios en reconstrucción, pueden leerse, escritos sobre las paredes, los nombres de varios miles de víctimas del nazismo. Algunas paredes están todavía derrumbadas.

Curiosamente, sólo los nombres son impronunciables; los apellidos remiten tozudamente a la guía telefónica de Buenos Aires.

Otras cosas también remiten a la Argentina.

Antes de la Segunda Guerra, que habría de iniciarse formalmente con la entrada en Polonia de los ejércitos de Hitler el 1 de septiembre de 1939, muchos ciudadanos alemanes ya habían empezado a cruzar sus fronteras. En Praga, capital de la República Checa, la presión del poderoso imperio vecino condujo a un curioso y trágico referéndum, por el cual quienes concurren a votar (en su mayoría, alemanes) decidieron por mayoría la incorporación de la República al régimen del Tercer Reich. La resistencia - "casi" invisible- a este movimiento de las urnas fue diezmada en un abrir y cerrar de ojos. El régimen fascista "invadió" a la República Checa democráticamente. Súbitamente, un país cambiaba su identidad, su idioma y su historia (si es que alguna de estas tres cosas existe).

En vista de la anécdota que dio pie a la escritura de Rasgando la cruz se me permitirán, espero: la desconfianza sistemática como actitud poética; el recelo de la Historia, con su apetito voraz de causas y

efectos; y la fragmentación deliberada como única forma de abarcar el espejo roto de la Argentina, con las esquirlas puntiagudas de su holocausto privado.

Si es como dice Del Estal, y “la realidad es la Resistencia de las cosas a todo orden simbólico”, entonces estamos frente a mi obra más crudamente realista.

Rafael Spregelburd

En el siglo XVII se aspiraba a una reforma universal del saber, de las costumbres, de la sensibilidad religiosa, en un clima de extraordinaria renovación espiritual, dominado por la inminente llegada de un siglo de oro. [...] En este clima aparece en 1614 un escrito anónimo (*Allgemeine und general Reformation, der gantzen weiten Welt*) [...] cuya última parte es un manifiesto titulado *Fama Fraternalis R.C.*, en el que la misteriosa confraternidad de los Rosacruz revela su propia existencia, informa sobre su historia y sobre su mítico fundador, Christian Rosencreutz. En 1615 aparecerá, junto con *Fama*, que está escrito en alemán, el segundo manifiesto, escrito en latín, *Confessio fraternitatis Roseae crucis. Ad eruditos Europae*.

El primer manifiesto augura que también puede surgir en Europa “una sociedad que eduque a los gobernantes para que aprtendan todo lo que Dios ha permitido que el hombre conozca” [...]. Ambos manifiestos insisten en el carácter secreto de la confraternidad y en el hecho de que sus miembros no pueden revelar su propia naturaleza. Por esto puede parecer aún más ambigua la llamada final de la *Fama*, dirigida a todos los hombres doctos de Europa, para que entren en contacto con los propagadores del manifiesto: “Aunque de momento no hayamos revelado nuestros nombres, ni tampoco cuándo nos encontraremos, sin embargo intentaremos ciertamente conocer la opinión de todos, cualquiera que sea la lengua en que se expresen; y todo el que nos transmita su nombre podrá comunicar con alguno de nosotros de viva voz, o, si hubiese algún impedimento, por escrito... Y también nuestra sede (aunque cien mil personas la hayan visto de cerca) permanecerá eternamente inviolable, indestructible y oculta al mundo entero”.

Casi inmediatamente, desde todos los lugares de Europa empiezan a escribirse

llamadas a los rosacruces. Casi nadie afirma que los conoce, nadie se llama a sí mismo rosacruz, todos en cierto modo pretenden comunicar que se hallan en perfecta sintonía con su programa. Algunos autores incluso hacen gala de una extraordinaria humildad, como es el caso de Michael Maier, que en *Themis aurea* (1618) sostiene que la confraternidad existe realmente, pero admite que es una persona demasiado humilde para poder formar parte de ella. Pero, como observa Yates, el comportamiento habitual de los escritores de la Rosacruz consiste no sólo en afirmar que ellos no son de la Rosacruz, sino que ni siquiera han encontrado nunca a un solo miembro de la confraternidad.

Cuando en 1623 aparecen en París manifiestos -naturalmente anónimos- que anuncian la llegada de los rosacruces a la ciudad, este anuncio desencadena feroces polémicas, la opinión general los considera adoradores de Satanás. Descartes, que en el curso de un viaje a Alemania había intentado -según se decía- acercarse a ellos (naturalmente, sin éxito), a su regreso a París ve cómo a su alrededor surge la sospecha de que pertenece a la confraternidad, y sale del apuro con un golpe maestro: puesto que era una leyenda extendida que los rosacruces eran invisibles, procura aparecer en público en muchas ocasiones y acaba así con las habladurías que le conciernen. [...] Un tal Neuhaus publica, primero en latín y después en francés en 1623, un *Advertissement pieux et utile des frères de la Rosee-Croix*, en el que se pregunta si existen, quiénes son, de dónde han sacado el nombre, y concluye con el extraordinario argumento de que “por el hecho mismo de que cambian y alteran sus nombres y que enmascaran su edad, y que según su propia confesión no se dejan reconocer, no hay Lógico que pueda negar que necesariamente tienen que existir”.

Sería muy largo hacer la reseña de esta serie de libros y libritos que se contradicen mutuamente, y que nos permiten pensar a veces que un mismo autor, bajo dos seudónimos distintos, ha escrito a favor y en contra de los rosacruces. [...] Ahora bien, esto nos demuestra cómo basta una llamada, realmente bastante oscura y ambigua, a la reforma espiritual de la humanidad para desencadenar las reacciones más paradójicas, como si todo el

mundo hubiese estado esperando un acontecimiento decisivo y un punto de referencia que no fuese el de las iglesias oficiales de ambas partes (católica y protestante). Hasta el punto de que, a pesar de que los jesuitas fueron unos de los más fieros enemigos de los rosacruces, hubo quien sostuvo que los rosacruces fueron una invención de los jesuitas para introducir elementos de nueva espiritualidad católica en el seno del mundo protestante.

Finalmente, y como último aspecto paradójico del asunto -e indudablemente el más significativo-, Johann Valentin Andreae y todos sus amigos del círculo de Tubinga, de quienes se sospechó inmediatamente que eran los autores de los manifiestos, se pasaron la vida negando tal hecho o minimizándolo como si fuera un juego literario.

de Umberto Eco,
en *La búsqueda de la lengua perfecta*,
Cap. 8: *La lengua mágica* (1994)

RASPANDO LA CRUZ

de Rafael Spregelburd

La escena: Praga, 1939.

Días antes de la invasión alemana a Polonia, que desató la Segunda Guerra Mundial.

El tiempo avanza hasta la escena XIII, que ocurriría el 1 de septiembre de 1939, cuando las tropas alemanas cruzan la frontera polaca. A partir de esta escena, el tiempo retrocede: se vuelven a ver las escenas (modificadas) en orden inverso, hasta llegar a la última (la primera, en orden cronológico) que es un suceso previo a la Escena I, y que lamentablemente no habíamos podido ver antes, cuando todavía era momento.

Las escenas suceden en distintos lugares de Praga y en un hotel en las afueras, pero no hay prácticamente ningún elemento escenográfico.

I

(Oscuridad absoluta. El tic tac impasible de un reloj. Se escucha una voz. No sabemos quién habla. Es importante que toda la escena permanezca en la oscuridad, haciendo invisibles a los personajes.)

WECK: Esa fue la última vez que desperté, porque desde entonces no he vuelto a dormir. Se puede pasar una noche despierto, se pueden pasar dos. Tres. ¿Cuántas? Mi historia terminará cuando acabe mi insomnio. Terminará cuando muera, o cuando me deje caer finalmente sobre esta cama de sábanas blancas, rendido. ¿Quiénes son todos los demás, quiénes son los otros personajes de mi drama? No estoy seguro. Yo he visto, desde entonces, la sucesión inútil de los días y las noches, una secuencia absurda en la que nada cambia. Salvo en la cabeza de quienes han dormido, que creen despertarse en un lugar distinto, más siniestro o más cómodo que sus propios sueños. Yo no he vuelto a soñar. Desde aquella vez, claro. Estamos en Praga, fines de agosto de 1939. Mi nombre es Weck y no me importa decirlo. Los sucesos que veremos ocurrirán en los días en los que no pude conciliar el sueño. Todos hablamos en checo, o en alemán, pero estamos traducidos. Creo conveniente empezar por decir que conocí a Dorita durante esta feroz vigilia. Es una época dura. Muchos prevén la guerra. Dorita dice que me ama. No sé. Si ella insistiera en amarme, a pesar de todo, la mataría sin dudar. De más está decir que a mí ella no me importa.

ADOLF: No me interrumpas.

WECK: No interrumpo. Nada más digo lo que me parece.

ADOLF: No es ésa la cuestión. Todos sabemos lo que te parece. (Silencio) ¿Y cómo harías para matarla?

WECK: La mandaría matar a través de algún amigo en común.

ADOLF: ¿Tienen amigos en común?

WECK: Muchos. Vos, por ejemplo.

ADOLF: Claro. (Silencio) Todos la queremos mucho. No creo que nadie quiera matarla.

WECK: Yo también.

ADOLF: ¿También, qué? (Silencio. La luz se enciende y descubre a los personajes de la escena II. La luz nunca es demasiado intensa. Sepia, hepática.)

II

HERR VOGEL: Y le decía: ¿no es raro que haciendo tanto tiempo todavía no nos hayamos sentado siquiera a tomar un café?

FRAU VOGEL: Y le decía yo: no, no es raro, sobre todo considerando que nunca los invitamos. ¿Más azúcar? Praga es una ciudad tan rara.

DORITA: Sí, gracias.

FRAU VOGEL: Nosotros somos de Tzchkvsk. Pero acá no se puede pronunciar.

HERR VOGEL: De cerca de... de las afueras de Tzch...

FRAU VOGEL: Pero supongo que todos somos un poco extranjeros en este país. ¿No?

HERR VOGEL: Y le decía: ¿No es raro? Me miraba y me decía para mí mismo -¿se dice "para" mí mismo?-. ¿qué será lo que nos aleja de los amigos?

WECK: No somos amigos.

HERR VOGEL: Claro, no ha habido oportunidad.

WECK: No puedo dejar de notar el tiempo que tarda en revolver la taza.

HERR VOGEL: Sí, es... digno de atención. Es algo que yo... la taza, digo. Pienso en esta taza, ¿no?, que va a seguir estando cuando yo ya no esté.

FRAU VOGEL: Lo mismo que con aquel vecino anterior, ¿te acordás? Los que vivían antes en la casa de ustedes, a menos de un metro de distancia, bueno, que ahora es de ustedes, pero antes... ¡Qué tonta, qué nerviosa me pongo!

(Nadie habla. HERR VOGEL vuelve a revolver la taza.)

HERR VOGEL: Aunque se rompiera. Hasta

los pedazos de porcelana duran más que uno.

FRAU VOGEL: No lo van a poder creer, pero vivíamos casi uno al lado del otro y nunca habíamos visto más que el hall de entrada.

DORITA: (Mirando la casa) Bueno, es igual que ésta. Igual, sólo que es como si se la viera en un espejo.

FRAU VOGEL: ¿Qué quiere decir?

DORITA: Un espejo.

FRAU VOGEL: Debe ser el idioma.

HERR VOGEL: Había estado en la guerra, Helmut. Con los alemanes, claro.

FRAU VOGEL: ¿Con los alemanes o contra los alemanes? Porque no es lo mismo.

HERR VOGEL: Pero a quién le importa eso ahora.

FRAU VOGEL: Claro. Por eso digo yo, que es el idioma. Se escucha hablar tanto en alemán. Una guerra es una guerra, ¿no es cierto? Y a nadie le importó nada de ésta, ¿verdad? ¿Van a renovar por todo el año?

DORITA: Bueno, la casa es cómoda. Es un lugar tranquilo.

HERR VOGEL: Absolutamente. El hermano de ella siempre me dice: allá es tan tranquilo. Averiguá si no se alquila la casita de al lado, la de la reja negra, me dice. Averiguá.

FRAU VOGEL: Trabaja en seguros.

HERR VOGEL: Y como tienen dos chicos... imagínese. (Pausa)

WECK: No me puedo imaginar nada. (Pausa)

HERR VOGEL: Uno de los hijos quiere estudiar para... y el otro... (Pausa) Imagínese.

DORITA: Tienen una chimenea igual a la nuestra. Un poco más alegre, con tantos adornos...

FRAU VOGEL: Claro, en cada viaje nos traemos algún recuerdo para la chimenea.

Tarjetas con dibujos, mamuschkas, ése caballo es noruego...

DORITA: Nosotros no tenemos muchos... No por mí... Me encantan las estupideces.

FRAU VOGEL: Claro, se ve que al señor...

WECK: (Respira hondo) Weck.

FRAU VOGEL: ...Weck no le gustan mucho las... ¡Y ahora hay cada tarjetas! Esperen un momento, les voy a mostrar una increíble. (Sale a buscarla)

HERR VOGEL: Se la mandó su hermano. No lo van a poder creer. ¿Los negocios... marchan? ¿No? (Silencio) Estuvo en América. ¡Se ven cada cosas!

WECK: Marchan.

HERR VOGEL: Qué bien, qué bueno. Es tan difícil en estos tiempos encontrar una actividad redituable. Los seguros están cada vez peor. Con tantos atentados como hay. Estuvieron en América, pero quién sabe si alguna vez podrán volver a hacer un viaje tan importante. América es importante, Rusia es importante, hay países y países, ¿verdad? Lo que ellos quieren es alquilar en un lugar tranquilo, ¿me entiende?... Así que los negocios van más o menos bien... ¿Y ustedes, se dedican a...?

WECK: ¿Vamos?

HERR VOGEL: ¡Pero si recién acaban de llegar! (A Frau Vogel) Se quieren ir. No sé si me estoy haciendo entender.

FRAU VOGEL: Antes tienen que ver ésta (Por la tarjeta de Navidad) No lo van a poder creer. (La abre. Se escucha un susurro, como una amenaza o un arrullo).

DORITA: Qué curioso. ¿Qué dice?

FRAU VOGEL: Algo en inglés. Es un murmullo, dijo August, mi hermano. Y fíjense: chatita. ¿Dónde están las pilas? Es un misterio. Tenga.

HERR VOGEL: Ahora en América se habla cada vez más español, dice el hermano de ella, que trabaja en seguros. August.

FRAU VOGEL: ¿Otro café?

WECK: Nos vamos. Gracias. (Se empieza a poner el piloto)

DORITA: Es un regalo hermoso. (Se queda con la tarjeta)

FRAU VOGEL: Pero... ¿por qué no se quedan a tomar un Guadalupe?

HERR VOGEL: Los hace ella.

DORITA: Es que realmente... tenemos que irnos.

HERR VOGEL: Sí, ya veo que literalmente la están arrastrando fuera de esta casa.

DORITA: Es que esta noche...

HERR VOGEL: Yo no pregunto qué pasa esta noche, ni me interesa. No es eso lo que yo pregunto.

FRAU VOGEL: Claro, es una confusión...

HERR VOGEL: Habrá notado que no mencioné en ningún momento nada respecto a lo que pasa en general por las noches.

FRAU VOGEL: Una pequeña confusión, pero que por pequeña no deja de ser engorrosa, Walter.

WECK: Adiós.

HERR VOGEL: (De un golpe parte la taza sobre la mesa, y se queda con la manija ensartada en el dedo índice. Cerrando el paso en la puerta) Y no es eso lo único que no pregunto. Ya habrá visto, Herr Weck, las dos chimeneas tienen una pared en común, cómo amplifican las conversaciones los tubos de la ventilación. Y uno oye cosas. Oye cosas que no querría oír... ¿A uno qué le puede importar? Cosas de checos, cosas de alemanes, lo mismo da.

FRAU VOGEL: Además uno ve gente. Es decir, la ve. Yo veo gente.

HERR VOGEL: Va atando cabos. ¿Qué se hizo del dueño anterior de la casa?

WECK: ¿El alemán?

FRAU VOGEL: La ve entrar y salir, entrar y salir, todo el tiempo.

HERR VOGEL: No me malinterprete. Yo no digo ni que sí ni que no, pero es necesario saber... cuántos checos quedan todavía en Praga. Ya habrá visto aquella me-

dalla. Todos nosotros tenemos una idea muy delicada, muy elaborada, del honor que debe mostrar un hombre, de la vocación ineludible de la patria checa.

FRAU VOGEL: Es más lo que una ve que lo que una oye.

HERR VOGEL: ¿Cuántos alemanes puede haber en esta ciudad? ¿Cuántos, que estén en condiciones de votar por el imperio? Me estoy enredando más de lo necesario.

DORITA: ¿Habla del referendum?

HERR VOGEL: ¡De la guerra, la guerra! ¿Y qué será lo que se cocina en semejantes reuniones por las noches? Y uno escucha, y uno lee, y ve las fotos de los atentados... ¿Quiénes son ustedes?

FRAU VOGEL: Sí, y lo que digo es que hubo una confusión con la... Es decir, yo la traje para mostrársela, pero como es de mi hermano, creo que es justo que la conserve por todo el tiempo que yo quiera.

WECK saca un arma y los acribilla a balazos. Dorita grita.

Apagón.

III

Adolf, Weck y Dortia reunidos en torno a unos papeles sobre la mesa; Trauma duerme en una mecedora.

ADOLF: Si un rosacruz era visto por un humano, cosa que de por sí es improbable porque los rosacruces se ufanaban de ser invisibles, era necesario deshacerse de él. Del humano. Así mantuvieron el secreto por siglos.

WECK: Números. Estos no son más que números, que significan cantidades, que son abstracciones, que no quieren decir nada, y que por lo tanto se puede expresar mediante el número cero.

DORITA: Sé de muchos hijos huérfanos que esta noche no pensarán lo mismo. ¿Qué hay que rime con "huérfano"?

WECK: ¿Qué estás escribiendo?

DORITA: Es mi libreta. Son poemas, cosas

que se me ocurren.

WECK: Tirála.

DORITA: No lo voy a hacer. No quiero. Estoy harta.

ADOLF: Antes de seguir con esto, quiero que sepan que leí sin omisiones el Ulises de Joyce.

WECK: (Por TRAUMA) ¿Cuánto hace que duermes?

DORITA: Un rato, no mucho, creo. Hace tres horas.

ADOLF: ¿Qué tiene que ver, me dirán? Muy bien: sentí que era necesario decirlo. Cuando un hombre tiene cierta habilidad, cuando ha adquirido un bien preciado que los demás no tienen, es justo que ese hombre se haga admirar. (Silencio)

WECK: Hay que terminar con esto antes de que Bruno llegue. Podría no venir solo.

DORITA: ¿Y qué vas a hacer? (Weck no contesta)

ADOLF: Sí, Dorita tiene que saber qué es lo que vas a hacer. Dorita te ama.

WECK: Veo que súbitamente te interesa Bruno.

DORITA: Esto no puede seguir así. Siempre sospeché de él. Llegó sin que supiéramos nada, nunca un dato que se pudiera certificar. Tengo miedo. Por su culpa podrían haberte matado.

WECK: Sí. ¿Es bueno ese libro?

ADOLF: Es un libro necesario. (Por Trauma) ¿No estará muerta?

WECK: Muy bien: esto es lo que vamos a hacer. Seguimos adelante.

Tengo estudiado el movimiento de la estación. Estas tropas van a llegar en el tren de mañana.

ADOLF: Hay un ciego que toca permanentemente un acordeón. ¿Lo viste?

DORITA: No me parece una buena idea.

ADOLF: Entiendo que Bruno sea tu amigo.

DORITA: ¿Mío? Pero si yo apenas lo conoz...

ADOLF: Suyo. Pero ella tiene razón: no tendrías que perdonarle un error que nos puso a todos en peligro.

WECK: Me siento débil. ¿Creen que se puede haber muerto durmiendo?

DORITA: ¿Y quién dice que fue un error? ¿Y si Bruno se pasó finalmente a los alemanes? No me extrañaría que el llamado lo hubie...

WECK: ¿De qué estás hablando?

DORITA: Porque... nosotros somos... ¿Los alemanes son... estamos en contra? ¿No?

WECK: No quiero oír más. Tengo sueño.

DORITA: Si intentaras dormir un poco. Es tan fácil...

ADOLF: Ojalá pudieras darte cuenta de que lo dice para protegerte. Nunca te amaron así. Eso es lo que te desconcierta.

DORITA: No estoy segura de amarlo. Eso es algo muy íntimo. Y estoy enojada, y con miedo. Todos juegan conmigo. Voy a terminar con una bala en... acá.

ADOLF: Bueno. Ustedes dos pueden no saberlo. Eso se entiende.

WECK: Adolf, admiro tu fría paciencia. Más que tu amistad. Para quien está insomne, la paciencia de los otros es más valiosa que su afecto.

ADOLF: Dorita también tiene que tenerte paciencia.

DORITA: No voy a seguir más en estas condiciones. No lo soporto.

(Se abre la puerta y entra Bruno).

DORITA: ¡Bruno!

BRUNO: (Luego de una pausa) Bueno, aquí estoy.

WECK: Trauma duerme.

BRUNO: Escuché algo en la radio.

WECK: Sí.

BRUNO: Cayeron más de diez, dijeron.

ADOLF: Doce.

BRUNO: Pero no están muy contentos, ¿no?

WECK: (Pone su arma sobre la mesa) No mucho.

BRUNO: ¿Eran todos alemanes?

DORITA: Eso es lo que yo quería decir... Porque... ¿nosotros somos la resistencia? ¿No?

WECK: ¿Esperabas vernos esta noche?

DORITA: ¿Hablamos otro idioma, no?

BRUNO: Tal como habíamos quedado, ¿por qué?

WECK: Prefiero que no haya dudas. Ya sabemos lo del teléfono. Cayeron diez, pero los otros fueron avisados y pudieron salir a tiempo. (Silencio)

DORITA: Voy a preparar un té. (Sale)

ADOLF: Sí, eran alemanes. Por la textura. ¿Leíste a Joyce, Bruno?

BRUNO: ¿Y bien?

WECK: Pensamos que es un error, claro. No tendría sentido.

BRUNO: No tendría sentido.

WECK: Y preferimos seguir pensando así.

ADOLF: De todos modos, hay tantas cosas que no tienen sentido. Lo digo porque tengo un ejemplo a mano.

BRUNO: Pero sospechan. Que yo llamé.

WECK: No me malinterpretes. No hay sospechas. Estamos seguros. Pero no voy a preguntarte nada.

ADOLF: Fíjense en este ejemplo: no sé si han visto al mendigo de la estación. Es ciego, a lo mejor finge. Todo el día tocando ese bendito acordeón. Uno no podría imaginar destino más desgraciado, ¿verdad?. Y sin embargo ahí está él, ganándose unas monedas miserables, agradeciendo a Dios. Uno se compara con él y se dice: no hay destino peor, eso es seguro, acá está el límite. Sin embargo, el día menos pensado, se aparece un cretino y le roba el acor-

deón al pobre hombre. Que se queda solo y acurrucado en el mismo lugar. Ya se deduce: siempre se puede estar peor.

BRUNO: ¿Y qué vas a hacer?

WECK: (Juega un instante con el arma)
Nada.

BRUNO: ¿Y yo? ¿Tendré que rendirme, como si me estuvieran perdonando heroicamente por algo que ni siquiera hice?

WECK: Heroico es lo de Adolf, que dice que ha leído un libro necesario.

ADOLF: Aburrido, pero necesario.

(BRUNO se sienta lentamente con la cabeza entre las manos.)

DORITA: (Asomando) ¿Quieren té? Bruno, ¿qué rima con “huérfano”?

WECK: ¿Cuánto tiempo hemos sido amigos?

BRUNO: No sé. Más bien poco. (A Dorita) “Muérdago”. Me alegra que no los hayan matado a todos. (Silencio) Me alegra de verdad. Es todo lo que quiero decir.

WECK: De cualquier modo...

BRUNO: No, déjame seguir. Venía caminando sin saber si los iba a encontrar o no. Y pensaba en tantas cosas. Las calles de Praga tienen esos nombres tan... ilegibles. Me perdía. Algunos de nosotros saben que lo que estamos haciendo es lo correcto, sabemos que lo que estamos haciendo, quiero decir. Bueno, yo ya... no... (Silencio)

DORITA: El agua ya está lista. ¿Es una frialdad tomarse un té?

BRUNO: Y ahora me doy cuenta de la suerte que tuve. Nada más. Podrían estar muertos y no. Eso es todo. Puede parecer simple, pero no consigo agregar nada más.

WECK: Solamente que...

BRUNO: Aquí estoy, solo. Frente a todos ustedes, frente a Trauma que duerme. ¿No estará muerta? Se la ve tan simple.

DORITA: Mirá... ¿Hiciste el llamado o no?

ADOLF: Pudo haber sido él.

BRUNO: Por lo pronto, los alemanes no están aquí afuera.

(DORITA corre a la ventana. Espía tras las cortinas. No parece ver a nadie, pero tampoco se tranquiliza.)

DORITA: Voy a traer el agua. No estarán ahora aquí afuera, pero están por todas partes. Hasta en Polonia. (Sale)

BRUNO: ¿Entonces? Ya dije lo que debía decir.

ADOLF: Como quieran. Me retiro. (Sale)

WECK: No sería la primera vez que un amigo me traiciona. Bueno, quién ha dicho que seamos amigos, después de todo. ¿Qué pensás del perdón?

BRUNO: Me cuesta decirlo en checo. Es un movimiento del ánimo demasiado exagerado. Nadie desea nunca perdonar por naturaleza. Y sin embargo, es un gesto sin debilidad. ¿Qué me habías preguntado?

WECK: Entonces estás libre de toda duda y te perdono si mi hermana despierta en este momento. (Nadie se mueve) Es una condición estúpida, pero es una condición, y está bien que así sea. (Nadie se mueve) Es decir, el gesto del perdón se enaltece cuando hay testigos. De lo contrario es un gesto vano. Sólo si despierta, como una resurrección. (No despierta)

BRUNO: El perdón es débil, claro. (Pausa) ¿Y si no se despierta?

WECK: (Toma el arma y la guarda) Bueno. El tren de los generales. Mañana. El procedimiento es el mismo: Trauma y yo en el pasillo oeste. La detonación es después del tercer silbato, siempre que yo no avise que existe peligro.

BRUNO: (Tembloroso, vencido) Perdón, Dios mío, estoy temblando. Somos tan débiles, a veces.

WECK: Débiles. (Va a salir, se detiene ante Trauma) En el sueño, es donde somos más débiles. Pero el sueño repara. Por eso es necesario. Es mañana. “Mañana” para todos ustedes. “Hoy” para mí, que no tengo noches. (Sale. Bruno se acerca

a Trauma. Le dice algo al oído. Bruno parece esperar alguna respuesta. Trauma sigue dormida. Apagón.)

IV

Weck y Trauma en la estación del tren. Un pasillo poco transitado de la estación, quizás un túnel. Weck prende un cigarrillo. El Mendigo está parado al lado de un estuche vacío. Sostiene en una mano un parlante del que sale una música triste de acordeón, folklore checo. Habla a la nada, porque es ciego.

MENDIGO: ...porque he estado tanto tiempo alegrándolos, con mi música, con mis alegres melodías. Cuando vuelven cansados del trabajo, de viajar mal, enojados, apurados, siempre me han tenido aquí para alegrarlos con mi música. A los vecinos buenos de Praga. Es por eso que les pido por favor que si saben quién lo hizo, le digan que me lo devuelva. Que me voy a morir, sin mi acordeón.

TRAUMA: ¿Quién se lo robó?

MENDIGO: Hace dos días, pero ya ven que yo sigo acá, así que si saben quién lo tiene, díganle que voy a pagar por él. Con lo que me puedan ayudar.

TRAUMA: No va a juntar nunca para comprarse otro.

MENDIGO: Igual, voy a estar acá hasta que me muera.

TRAUMA: Es todo lo que tengo.

MENDIGO: Déjelo en el estuche. Y gracias.

TRAUMA: Weck, ¿no podés dejarle nada?

WECK: ¿Me sentiría mejor si le diera lo poco que llevo encima?

TRAUMA: No sé.

WECK: ¿Y él?

TRAUMA: Depende.

WECK: Tengo este reloj.

TRAUMA: No se lo des.

WECK: Podría venderlo y comprarse el acordeón.

TRAUMA: Sos demasiado bueno.

WECK: Se lo voy a dar, de todos modos.

TRAUMA: No es necesario. Para nadie. Ni para él, ni para vos.

(WECK deja el reloj en el estuche.)

TRAUMA: ¿Mejor?

WECK: No.

TRAUMA: Igual. Yo estoy mirando, y soy testigo del gesto.

WECK: Sí. Bruno no va a venir. Es evidente que nos ha traicionado. Por segunda vez.

TRAUMA: Vamos a avisarles que no. Antes del silbato, o va a ser demasiado tarde. ¿Qué pasa?

WECK: ¿Me equivoqué al perdonarlo?

TRAUMA: Quién sabe.

WECK: Vamos. (Se detiene) Tengo que decirte algo: siento ganas enormes de llevarme el reloj.

TRAUMA: Ya se lo diste.

WECK: Es cierto.

TRAUMA: No lo hagas.

WECK: Adolf tenía razón: este pobre ciego no sabe que no hay destino peor que el suyo. Se comparará a su vez con las ratas, que apenas sí sobreviven, y creerá que no está tan mal.

TRAUMA: Qué horror. No hay derecho.

MENDIGO: ...y siempre me han tenido aquí, para alegrarlos un poco. Ya los vecinos buenos de la estación me han dado doscientos treinta y cinco, porque saben que yo siempre he estado aquí...

WECK: ¿Cuánto costaba el acordeón?

MENDIGO: ...hace dos días, y yo qué voy a hacer sin él. Yo que era la alegría de este pueblo. De esta ciudad triste de gente que trabaja, igual que yo, y que no tiene qué darle de comer a sus hijos.

(Suena un silbato) Mi hijita, por su parte, está muerta. (Suena el segundo silbato).

TRAUMA: Es ahora o nunca, tenés que tomar una decisión. Yo le di todo lo que tenía. (Suena el tercer silbato)

(WECK recupera su reloj del estuche y se lo pone).

TRAUMA: Es mejor así. Vamos. (Se escucha la detonación)

V

Un hotel en una ruta en las afueras de Praga.

Hilda es una mujer que ha conocido tiempos de esplendorosa juventud. Ahora está sentada en una silla de ruedas. Se arma el peinado con gran coquetería. Los ojos pintados. Las manos inquietas.

Weck está parado junto a sus valijas.

HILDA: ¡Rubí, hija! ¡Tenemos visita! No tardará ni un momento.

WECK: Está bien.

HILDA: ¡Bajá, querida! Deje que le lleve las valijas, mientras tanto. (Rueda hasta WECK y trata de tomar una valija). Es una nena consentida. Ya no es una nena. Pero quizás la hayamos consentido un poco más de lo tolerable. La mataría, de no ser porque nos es muy útil, y porque la queremos tanto. (Carga con dificultad la valija, e intenta rodar penosamente hacia las habitaciones. WECK no hace nada por ayudar.) ¡Rubí, bajá de una vez! Ya va a ver cuando baje, los ojos que tiene. Los ha heredado de su madre. ¡Cómo pesa esto! Supongo que va a quedarse algún tiempo.

WECK: Sí.

HILDA: Me encargaré de que lo pase muy bien. No hay otro lugar más tranquilo que éste. Salvo la tumba, claro está. (Ríe) Me siento formidable, si hasta he recuperado mi viejo sentido del humor. ¡Rubí! Yo antes estaba muy mal. Muy decaída. ¿Cuántos años cree que tengo? Vamos, sin miedo. Cuántos. No va a adivinar nunca.

(Aparece Rubí. No tiene ningún encanto. Se diría que es -incluso- fea.)

HILDA: Ah, bajó la princesa. El señor...

WECK: Weck.

HILDA: ...Weck va a ocupar la cuatro. No tendré dificultad en recordar su nombre. Es tan sencillo. Es una suerte tener un nombre sencillo, porque se ahorra uno así muchas explicaciones engorrosas. Recordarle a la gente a cada rato quién es uno... Conozco uno o dos ejemplos de personas... Rubí, dulzura, quiero que me ayudes a llevar las valijas del señor... de... a la habitación cuatro.

RUBÍ: ¿Cuál es la cuatro?

HILDA: Boba, la cuatro, al fondo, sobre el lago. La cuatro, la cuatro. Uno, dos, tres, cuatro.

RUBÍ: La tres está vacía.

HILDA: Pero el señor va a tomar la cuatro. Ya está decidido.

RUBÍ: Sí. La tres también tiene todo.

HILDA: Claro, claro. ¿Cuánto tiempo cree que va a parar acá?

WECK: No sé. Unos días.

RUBÍ: Es más grande.

HILDA: La cuatro.

RUBÍ: Igual, están todas vacías.

HILDA: No es una buena época. Hay poco movimiento de rutas. Los atentados, ¿sabe?

RUBÍ: ¿Viene de Praga?

HILDA: Sí. ¿Dónde está tu padre?

RUBÍ: No es mi padre. Dicen que hubo otra bomba, en la estación de tren. ¿Es cierto? Que hubo varios alemanes muertos, tropas que llegaban en el tren.

HILDA: Te pregunté dónde estaba.

RUBÍ: ¿Tu marido? No sé, por allá. Lo dicen los diarios. Pero no dan las cifras.

WECK: Los diarios.

RUBÍ: A lo mejor usted tiene noticias reales. De la resistencia, digo.

WECK: No sé, no leo los diarios. ¿Puedo

pasar ya a la habitación?

HILDA: Déjeme que lo ayude, es por el pasillo, la última puerta. ¿Tendiste la cama?

RUBÍ: ¿En la cuatro?

WECK: No importa. Gracias. No creo que use la cama. (Toma sus valijas y sale).

HILDA: No hay ninguna necesidad de que te hagas notar. Decíme dónde está Günter.

RUBÍ: Qué sé yo.

HILDA: Muy bien. Lo voy a esperar aquí. Haciéndome la tonta.

RUBÍ: Eso es problema tuyo. ¿Será verdad que viene de Praga?

HILDA: No sé qué puede verte.

RUBÍ: Preguntáselo a él.

HILDA: ¡No te das cuenta de que soy tu madre!

RUBÍ: Lo digo en serio. Yo tampoco entiendo a Günter. Si viene de Praga debe ser por algo. Me voy a ir, de una vez por todas.

HILDA: Después de lo que hicimos... ¿A dónde te irías, desgraciada?

RUBÍ: A Praga.

HILDA: Estás loca. Además de ser un bicho, estás loca sin retorno.

RUBÍ: ¿Qué traía en las valijas?

HILDA: No me dio tiempo de revisarlas. Llamá a tu padre, por favor.

RUBÍ: No es mi... ¡Basta! ¡No podemos seguir con esta farsa! Estás enferma.

HILDA: Llamálo.

(Quedan quietas un momento)

HILDA: Si por lo menos tuvieras algún encanto... lo entendería. Una madre siempre se enorgullece de una hija que sabe enamorar a los hombres. Pero sos una desgraciada. Eso lo has heredado de tu padre, seguramente no de mí. Llamálo.

RUBÍ: (Tranquilizándola) Ya va a venir.

HILDA: ¿Cómo lo sabés?

RUBÍ: Se estaba vistiendo.

HILDA: Me das pena.

RUBÍ: En la cuatro.

HILDA: ¡Claro, y que reviente todo, y quedémonos sin clientes, y comamos de ahora en adelante lo que nos den en la caridad!

RUBÍ: Hace tiempo que nos quedamos sin clientes.

HILDA: Andá a sacarlo de ahí. Necesitamos la habitación.

RUBÍ: Andá vos.

HILDA: Sabés muy bien que no puedo pasar el escalón. (RUBÍ empalidece, y susurra monosílabos ininteligibles.) ¿Qué pasa? Mi amor, ¿qué pasa? ¿Dije algo que te lastimó, de algún modo...?

RUBÍ: Tuve una visión.

HILDA: ¿Otra vez?

RUBÍ: Una visión... Era...

HILDA: ¿Como cuando papá...? Arrodillémonos, arrodillémonos... (Quedan quietas un momento) Bueno, ¿qué era?

RUBÍ: No sé... una cruz, al final de un camino... algo... que va a pasar... que nos va a pasar a todos...

(Entra Mansilla. Es un general alemán. Puede ser que luzca un uniforme con svástica. Las mujeres lo observan. Apagón.)

VI

Weck toma su desayuno en una mesa. A su lado está sentada Rubí, que insiste en no demostrar ningún encanto. Entra Hilda en su silla de ruedas, empujada por Mansilla.

HILDA: He tenido una idea genial. Estoy obsesionada con esto. A ver qué les parece. No puedo dejar de pensar que estos manjares campestres que comemos

con tanto apetito serán en pocos momentos una bola maloliente en el estómago. Es así, todo se pudre, lo que permite que la vida fluya tiene necesariamente mal olor. ¿Sabe, querido Mansilla, a qué distancia de usted está el interior de mi estómago, por ejemplo? Se sorprendería. Qué delgada y qué eficaz es la piel, que todo lo cubre y nos hace ver hermosos. No puedo dejar de pensar en eso, en la podredumbre, tan cerca y a la vez tan escondida. Y por fuera todo huele a rosas. Tendrá que ver los rosales en primavera, coronel Mansilla.

MANSILLA: Debe ser un gran jardín.

HILDA: (A Rubí) El coronel no quiere creer la cantidad de turistas que paran aquí en el verano. Va a tener que volver a visitarnos.

MANSILLA: El general.

HILDA: Sí, el general. Sin embargo, los rosales no son gran cosa al lado de mi flor favorita. ¿Ya ha visto que ojos tiene?

MANSILLA: Deliciosos.

HILDA: Son un calco de los míos, más jóvenes, por supuesto. Ven más lejos. Es una lástima que no pueda quedarse más tiempo. El coronel Mansilla ha hecho un descanso en medio de una misión muy importante. Bueno, al menos muy importante para ustedes los alemanes.

MANSILLA: Para los alemanes sí, pero no más que para ustedes los checos. La resistencia tiñe de sangre a unos y a otros, a nuestra querida gran patria.

RUBÍ: Se enfría.

HILDA: El desayuno, por supuesto. Ahora, mientras huelo a campo. Desayunemos todos juntos, locamente, un desayuno loco, tres checos y un alemán de nombre Mansilla. Me hace acordar a ese cuento campesino en el que... Supongo que ya ha conocido al señor Weck.

MANSILLA: No, es siempre un placer.

WECK: El placer es mío.

HILDA: ¿Cómo ha dormido, Weck? ¿Le gusta la habitación?

WECK: Sí.

HILDA: Más tarde le presentaré a mi marido. Günter adora esa habi...

WECK: Ya nos conocimos.

(RUBI deja caer una taza y se va, fastidiada.)

HILDA: ¡Y la manteca de campo! Tiene un perfume tan de la región. En este cuento campesino hay cuatro personas sentadas alrededor de una mesa... ¿A qué hora se va?

MANSILLA: Al mediodía, a más tardar. Tengo que volver pronto a Praga.

HILDA: Y sí, es una ciudad convulsionada. ¡Rubí! Habrá salido a buscar más manteca. ¡Günter, querido! Quizás necesiten, necesite ayuda. Si me disculpan... (Sale tan rápido como le permiten sus ruedas).

MANSILLA: No entiendo por qué lo está haciendo.

WECK: No importa que lo entienda. Basta con que se memorice estos datos.

MANSILLA: Voy a tomar nota.

WECK: Como quiera. Es la casa de rejas negras, justo al lado de la florería. ¿Conoce la calle?

MANSILLA: Sí. ¿Por qué no me dice su nombre real? El Führer le estará muy agradecido por el servicio que presta a su país.

WECK: ¿El país de quién? Weck es mi nombre real. No me importa decírselo.

MANSILLA: Entonces a mí no me importa anotarlo.

WECK: Sepa una única cosa: no me impresiono en lo más mínimo.

MANSILLA: No puedo decir lo mismo.

WECK: ¿Probó esta manteca?

VII

RUBÍ: No me importaría compartirte con las otras.

WECK: Creo que a ellas sí les importaría.

RUBÍ: Por favor, llévame.

WECK: No quiero que te maltraten.

RUBÍ: Quiero irme de acá.

WECK: Bueno, andáte.

RUBÍ: Trabajaría, como las otras.

WECK: Ellas no trabajan para mí. Lo hacen porque les gusta, y se ganan algún dinero.

RUBÍ: Yo haría lo mismo, siempre que estuviéramos juntos.

WECK: No va a poder ser.

RUBÍ: No me importa que no me quieras. Es más, me conviene.

WECK: ¿Cómo es eso?

RUBÍ: Günter me persigue, me desviste, me ama, a su manera. Y yo no lo puedo soportar. Mi madre lo sabe, y quiere verme muerta. Qué puede importarme a mí todo esto.

WECK: ¿Y a mí?

RUBÍ: Mejor, mejor es que no te importe. El mundo andaría mucho mejor si a nadie le importara nada de nadie.

WECK: Pero yo te importo.

RUBÍ: A mi manera.

WECK: Eso no es halagador.

RUBÍ: El ladrido de un perro no es halagador, ni siquiera cuando el perro se lo propone.

WECK: Sí, sos fea.

RUBÍ: Mucho.

WECK: Cualquier hombre pagaría bastante por una mujer así. Europa es atroz.

RUBÍ: No soy una mujer, soy una chica.

WECK: ¿Cuántos años tenés?

(RUBÍ no contesta.)

WECK: Hacé la valija.

(RUBÍ se acerca suavemente y lo besa. Luego va hacia su habitación. WECK toma

una de las valijas del piso para salir. Toma la otra, que se abre súbitamente. De su interior sale un acordeón. Apagón.)

VIII

Weck de nuevo frente al Mendigo. La música deforme del acordeón sale del parlantito que el Mendigo sostiene en la mano.

MENDIGO: Y les digo más: puedo dar doscientos treinta y cinco por él, si me lo devuelven. Y agradezco a Dios. Los buenos vecinos pagan de alguna manera sus culpas. Ya tengo doscientos treinta y cinco. No me enojo con ellos. Son vecinos buenos, cansados. Trabajan para los alemanes; votaron por ellos. Y lo volverían a hacer. Ven morir a la gente sin tener tiempo de contarla. Alguien tiene que saber dónde está. Alguien me lo va a devolver.

WECK: ¿Cómo era?

MENDIGO: ¿Usted lo vio? Yo soy ciego. ¿Qué le puedo decir?

WECK: Quizás tendría que enojarse con Dios, o con los buenos vecinos.

MENDIGO: No podría. Son gente tan cansada.

WECK: Alguno de ellos le robó el acordeón.

MENDIGO: Es cierto. Pero con ése tampoco estoy enojado. Tarde o temprano me lo va a devolver.

WECK: Veremos.

MENDIGO: Yo los conozco.

WECK: ¿Podría perdonarlo?

MENDIGO: Tengo ese derecho, sí. No; espere. No se vaya. Quiero decir que sólo yo puedo perdonarlo por el robo. Nadie más. Me corresponde a mí. Yo puedo hacer visible al ladrón, yo puedo.

WECK: ¿Eso lo hace sentirse bien?

MENDIGO: No contesto a eso. ¿Por qué me pregunta? ¿Usted quién es?

WECK: Nadie. (Pausa)

MENDIGO: ¿Se fue? (Weck no contesta) Así que si alguien lo vio, acuérdesse de este pobre ciego, que tuvo que enterrar ya a su única hijita, en una parcela de tierra húmeda que nunca pudo ver y a la cual le es imposible regresar. Porque no sé dónde queda. Porque me he desorientado.

WECK: Todavía estoy acá.

MENDIGO: Ya lo sé.

WECK: Me vi involucrado en una situación límite. La madre quería matar a la hija, porque su padrastro se había enamorado de ella. La madre estaba postrada en una silla de ruedas, la hija sólo quería huir. No sé cómo vine yo a meterme con esto, pero el padrastro mató a la vieja empujándola al lago. La hija quiso salvarla y se tiró detrás. No me explico por qué. Günter, el padrastro, enloqueció. Me pidió que le disparara. Me obligó a apretar el gatillo. Me obligó.

MENDIGO: No tenía que meterse. Yo no me meto con nadie. (Weck sale y camina hacia el espacio de la próxima escena.) Lo siento. No me corresponde a mí opinar sobre ese crimen. He visto cosas mucho peores, es decir, las he visto con estos ojos ciegos. Sólo hay un hombre al que podré perdonar. Es mi derecho. Lo estoy esperando. A que vuelva con mi acordeón. Uno solo.

IX

Adolf y Weck, sentados a la mesa.

WECK: Me hice notar estúpidamente. Me incliné ante el pedido del hombre, sentí que debía hacerlo. No quiero esto.

ADOLF: Pobre Weck. La conciencia es algo que no se ve.

WECK: No sé. Pensaba lo mismo.

ADOLF: ¿Por qué te fuiste?

WECK: ¿Qué?

ADOLF: Después de lo del tren. (Weck no contesta) ¿Por qué? Sonó el tercer silbato, y no avisaste a nadie... No sabíamos nada. Pensamos que también habías caído.

WECK: ¿También?

ADOLF: Alguien los puso sobre aviso. Tuvíamos que escaparnos.

WECK: ¿Bruno? ¿Dónde están ahora?

ADOLF: Algunos vinimos para acá... Pensamos que la calle de la florería sigue siendo la más discreta.

WECK: ¿Dónde está mi hermana?

ADOLF: Pensé que ya lo sabrías. Lo mejor es irse. A Hungría.

WECK: ¿Qué le pasó?

ADOLF: De Bruno tampoco supe nada. Dorita se salvó.

WECK: Peor para ella.

ADOLF: La despreciás.

WECK: La desprecio porque me ama en serio. No le importa lo que yo haga, ni que yo pueda ser un asesino, o un traidor. Igual me ama. Es un ser despreciable.

ADOLF: Todos lo somos, de alguna manera.

WECK: Hablemos de eso.

ADOLF: Sabés que no es posible. No es posible hablar de eso. A mí a veces también me gustaría.

WECK: Es necesario, dadas las circunstancias. No voy a seguir adelante hasta que no hablemos. ¿Tiene sentido todo esto? ¿Se puede ser invisible cuando nadie ve a nadie, cuando todos están ciegos? Entiendo. Nos callamos. ¿Dónde vieron a Trauma por última vez?

ADOLF: Tu hermana no pudo... no escapó. O no quiso, no sé.

WECK: ¿Entonces?

ADOLF: Pensé que ya lo sabías. Está muerta. (Pausa) Fuiste vos, ¿no es cierto?

WECK: (Niega con la cabeza) Bruno. Supongo. No voy a seguir adelante. Quiero ver a Dorita.

ADOLF: Quizás no volvamos a vernos, Weck.

WECK: Error. Nunca nos hemos visto.

X

Un cuartel nazi. Mansilla sirve unos tragos en unos vasos rotos. Trauma está tirada en el piso. Weck parado, las manos en los bolsillos del sobretodo. A su lado, el estuche del acordeón.

MANSILLA: Supongo que nos dieron nombres falsos. Adolf, Bruno, Dorita, Trauma.. (Lee de la libreta de Dorita) "Voy desnuda / y te beso bajo el muérdago. Soy como el trigo / huérfano / y sin mácula." Todos nombres falsos. ¿Por qué no me dice su nombre verdadero?

WECK: Weck.

MANSILLA: Puede ser. (Sirve el vino) He pensado tanto en todos ustedes. Adolf, Bruno... ¡Cómo me aburro! Sírvase. (Le da uno de los vasos) ¿Cómo, no le gusta? Es un vino del Rhin, una exquisitez alemana.

WECK: Entonces sí.

MANSILLA: Ahí la tiene. Vea cómo duerme. ¿Es su hermana?

WECK: Sí.

MANSILLA: ¿Tendré que creerle?

WECK: No sé.

MANSILLA: Lo noto cambiado.

WECK: He cambiado. ¿No estará muerta?

MANSILLA: ¿No irá a echarse atrás, verdad?

WECK: No sé.

MANSILLA: ¿No estará guardando un arma bajo el abrigo? ¿No estará esperando el momento adecuado para matarme?

WECK: Me registraron.

MANSILLA: Claro, qué estúpido. Qué vino tan dulce. ¿Sabe cómo se conocen las uvas para este vino?

WECK: No.

MANSILLA: Lástima. ¿Vino a ver si era cierto? Supongo que sí. Ahí la tiene.

WECK: ¿Cuánto hace que duerme?

MANSILLA: ¡Qué sé yo! ¡Qué pregunta estúpida! ¿Otro vasito? Como comprenderá, ahora no puedo dejarlo ir. Mis superiores hacen preguntas. Preguntas a las que no puedo contestar solo.

WECK: Entiendo.

MANSILLA: Mire, Weck... Cuando entramos en Praga las posibilidades de hacer el mal eran... ¿No tendrá una bomba en ese estuche?

WECK: Tiene miedo.

MANSILLA: No. Deje, deje, no es necesario que lo abra. ¿Toca música?

WECK: No.

MANSILLA: Bien. Hacen preguntas complejas. ¿Y para qué tiene un instrumento si no toca música?

WECK: ¿Qué le preguntan?

MANSILLA: Quieren saber quiénes eran los diez impostores que murieron en el atentado de la estación.

WECK: ¿Cómo? ¿No eran de los suyos?

MANSILLA: No sé. También quieren saber si es uno de ellos.

WECK: ¿Y usted qué les dice?

MANSILLA: Usted me dirá qué les digo.

WECK: Dígales la verdad: que ellos son invisibles. Y que usted me ha visto. Por lo tanto, no puedo ser uno de ellos.

MANSILLA: (Ríe) Perfecto. Eso puede llegar a funcionar.

WECK: También puede ayudar esto. (Saca un dinero del estuche)

MANSILLA: ¿Cuánto hay?

WECK: Doscientos treinta y cinco.

MANSILLA: No es mucho, ¿verdad?

WECK: Depende para quién.

MANSILLA: ¿En serio piensa que lo voy a dejar ir? Voy a serle franco. Praga es un problema muy menor. Nos divierte más de lo que nos preocupa. Los checos se

adaptan fácilmente a nosotros. Ni siquiera hubo guerra. Hubo referendun. La resistencia es, permítame usar sus palabras, invisible. Los muertos no son tantos como se calcula que habrá mañana cuando entremos en Polonia. Y esto es un pequeño secreto a gritos. Qué sé yo. ¿A qué vino? ¿A que lo castiguen? ¿O a que lo perdonen? (Silencio) Usted me da miedo, lo confieso. (Saca un arma y apunta a Weck, que no se inmuta. Apagón.)

XI

DORITA: (Hace unas señas extrañas con las manos a Adolf.) No es seguro que darse acá. Ya deben haber averiguado la dirección.

ADOLF: Es posible.

DORITA: Hoy mismo me voy.

ADOLF: Está bien. Deben haberlo matado.

DORITA: Ya sé.

ADOLF: Una vez me pidió algo muy propio de él. Me dijo: si ella insistiera en amarme a pesar de todo, la mataría sin dudar. Te despreciaba. No podía soportar que lo quisieras, porque él se veía a sí mismo como un monstruo.

DORITA: No sé si lo quise. Fue bueno conmigo, cuando lo conocí. Me trataba diferente de las demás. Sé que siguió teniendo muchas, pero se las arregló para que yo creyera que era la única. Quizás fui la única. A lo mejor sí, a lo mejor creyó que lo amaba en serio.

ADOLF: ¿A dónde vas a ir?

DORITA: ¿Dónde seré más invisible?

ADOLF: En Berlín.

DORITA: En Berlín. ¿Cómo lo supiste?

ADOLF: ¿Vas a irte solita? Está bien, no contestes si no querés. Puedo imaginar el resto yo solo.

DORITA: ¿Lo decís por Bruno?

ADOLF: Claro.

DORITA: ¿Cuánto hace que lo sabés?

ADOLF: Mucho.

DORITA: (Ríe) Estamos todos un poco locos. Es normal. Tomamos el tren de la tarde para el norte.

ADOLF: ¿Lo querés?

DORITA: Me trata bien. Hizo arreglos para nosotros en Berlín.

ADOLF: (Pone su arma sobre la mesa) Qué curioso es todo. Weck me había pedido que te matara yo mismo. En otras circunstancias, está claro.

DORITA: (Prende un cigarrillo) En otras circunstancias.

ADOLF: Pero es al revés. Es decir, los motivos son al revés. Ahora me es claro. Era él el que te amaba. No podía soportar que te fueras con el otro. ¿Cómo lo supo?

DORITA: Bruno le contó.

ADOLF: ¿Por qué?

DORITA: Hace tiempo que ya no pregunto por qué se hacen las cosas en este país. Supongo que son grandes amigos. Y le contó.

ADOLF: ¿Por eso se fue?

DORITA: No sé. Yo no sé nada. Soy una tonta que ríe. (Pausa) Esos discos te los voy a dejar.

ADOLF: ¿Ah, sí? (Patea los discos)

DORITA: Éstos también te los voy a dejar. (Adolf arroja con furia los discos que Dorita le señala) Quizás no volvamos a vernos, Adolf.

ADOLF: Nunca nos hemos visto. (Levanta el arma). Weck también me contó lo de ustedes, lo de los arreglos en Berlín. Voy a tener que cumplir sus instrucciones, Dorita. (Entra Bruno, intempestivamente).

DORITA: ¡Bruno, por fin, está loco!

BRUNO: (Sacando a su vez un arma) Vamos a tranquilizarnos. (Adolf guarda el arma. Bruno lo imita, más lentamente.) Ya escuché todo.

DORITA: ¿Nos tomamos un té?

ADOLF: Por mí...

DORITA: ¡Cómo me puse! Sigo siendo una tonta. Voy a poner el agua. (Sale)

BRUNO: ¿Ya te lo contó?

ADOLF: No todo.

BRUNO: Nos vamos a Berlín. En el tren.

ADOLF: Sí.

BRUNO: ¿Se sabe algo de Weck?

ADOLF: Nada. Quiso ir a llevarse el cuerpo de su hermana.

BRUNO: A esta hora ya debe habernos delatado a todos.

ADOLF: Puede ser. No creo.

DORITA: (Desde afuera) ¿Cuántas de azúcar?

BRUNO: ¡Dos! La casa de acá al lado... ¿Sigue vacía?

ADOLF: Supongo.

BRUNO: ¿Qué hizo Weck con los cuerpos?

ADOLF: No sé.

DORITA: Alcanzó el agua para uno sólo.

BRUNO: (Sacando el arma y apuntándola repentinamente) No importa. Vos no vas a tomar nada.

DORITA: ¿Bruno, qué pasa?

BRUNO: Dejé la taza.

DORITA: Pero...

BRUNO: Dejé la taza.

DORITA: Adolf, ¿qué pasó? Si estaba todo tan bien...

BRUNO: La taza.

(DORITA obedece)

BRUNO: Ordenes de Weck.

DORITA: ¿Cómo?

BRUNO: Pobre Dorita. Nombre de animal-

to pequeño, o de nena que va al jardín. Dorita. La delatora, la traidora. La amante doble. Vas a morir sin haber entendido nada. Como todos nosotros, claro está. (Sobreviene el apagón. Se perciben algunos movimientos bruscos. Finalmente suena el disparo).

XII

Rubí e Hilda en el tren a Praga.

HILDA: Ah, el viento fresco de la campaña... ¡Cómo vamos a extrañar todo esto en la ciudad!

RUBI: No hubieras venido. Cerrá esa ventana.

HILDA: Tonta. Te podrías haber puesto una blusa más... algo más...

RUBI: Ésta está bien.

HILDA: Sos una infeliz, algo que nunca me pasará a mí. Estoy cambiando, recuperando el tiempo perdido en ese campo.

RUBI: ¿No te arrepentís de nada?

HILDA: ¿De qué voy a arrepentirme?

RUBI: Vos sabrás. ¿Y si encuentran el cuerpo?

HILDA: Basta. Una guerra es el momento más indicado para encontrar un cuerpo flotando en el lago.

RUBI: Dos cuerpos.

HILDA: Basta. No te olvides que no lo hice sola, y que sos una rata. No pierdo oportunidad de recordártelo. Me siento bien, joven. Algo va a cambiar. Hija, Rubí, joya de mamá.

(RUBI tiene unas convulsiones)

RUBI: La carne... que es débil, se deja hacer...

HILDA: ¿Qué... qué pasa?

MANSILLA: (Escoltado por Adolf y Dorita, en la estación de trenes. Dorita está ridículamente vestida con un disfraz con trenzas. Adolf le alcanza a Mansilla el discurso que se supone deberá leer) Primero de septiembre. Las tropas alemanas entran en Polonia.

RUBI: Una bestia... de fuego...

MANSILLA: Empieza la guerra.

RUBI: En el cruce de Europa... el toro penetra con su cuerno la vagina de Europa... la vagina de chapa.

MANSILLA: Dios tuvo que ver con todo esto.

RUBI: Bajo la cruz... una bestia de fuego silbando en los rieles de Europa... Mamá, cuando nos muramos no va a quedar nada.

MANSILLA: Señores, ese consejo de guerra que me espera en Berlín...

RUBI: La cruz...

(El tren se oscurece. Se ilumina la estación de la escena IV. Un gran semáforo de señales ferroviarias. Se trata de un poste de hierro con un brazo móvil; se trata de una cruz.)

XIII

MANSILLA: Ese consejo de guerra va a oír algo increíble. (Lee el papel que le ha pasado Adolf) "Ah, Praga, tal vez la imagen estoica de esta estación embanderinada, y allí, y allí, y acullá los dorados trigales cimbreándose desnudos..." Un momento, por favor. (A Adolf) ¿Qué es esto? ¿Quién escribió esta...? (Sigue, al pueblo), "...estos ruidos júbilos de despedida sean quizás lo último que veré en este país tan... al sur." (Arroja el discurso que le ha escrito Dorita, y continúa, progresivamente enfervorecido) ¡Cómo han cambiado las cosas, ahora que Polonia llama! He tenido que matar, porque alguien debía encarnar la ley, y la ley mata, por su propia naturaleza. Pero no hay lugar para la ley en esta ciudad tan... tan... olvidada de Europa. Europa, von Jupiter, dem Stier, vergewaltigt. Hier sind wir, ihr Einwohner Prags, im Zentrum! In der Mitte des Schlachthofs...

ADOLF: (Interviene para traducir, notablemente consternado porque no cree oportuno que Mansilla hable en alemán). Bueno, se refiere al mito de la violación de Europa, en la que Zeus... Aquí en el centro, Praga...

MANSILLA: ¿Pero quién es más extranje-

ro aquí? Para el pecado es necesaria la fe, la certeza de hacer el Mal. Para que podamos ver la ley con toda su claridad reveladora es necesario el pecado. ¡Y es necesario que aparezca Dios para que entendamos la guerra! ¿Pero qué le diré yo al Führer? Si Dios apareciera en Praga precisamente en este momento, ambos bandos lo tendrían por falso, haga lo que haga. ¡¡No se puede encarnar el Bien!! Así vuelvo a mi Patria, harto de mí mismo y de este pueblo oscuro.

(Adolf intenta dar por terminado el discurso. Inauguran algo, cortan una cinta, distraen a Mansilla de su delirio)

MANSILLA: ¿Se entiende por qué dejé ir a Weck? ¿La noción de "pueblo", se entiende? ¿Qué gano yo con esto? Que me esperen en Berlín para dar explicaciones o fusilarme, quizás y con suerte en presencia del Führer. Fíjense de qué manera no me importa. Subiré heroico a ese tren, quiero morir en la vieja Europa, morir en guerra contra Polonia, totalmente vacío de convicciones...

(Todos en la estación aplauden: el Mendigo, Rubí, Hilda -que agita banderitas- Dorita y Adolf. Mansilla despliega con gran esfuerzo unas enormes banderas nazis).

TRAUMA: (Que ingresa arrastrando a Weck hacia afuera) No es necesario que lo hagas.

WECK: Es el momento indicado, frente a toda esta gente. Voy a hacerlo igual.

RUBI: Mamá, cuánta gente. Cuántas banderas de colores.

HILDA: (Ríe) ¡Acá en Praga voy a recuperar todos los años perdidos! ¡Qué ímpetu loco, qué oportunidad! Es como si alguien nos regalara otra vida.

TRAUMA: Si no querés no lo hagas.

WECK: No quiero hacerlo.

TRAUMA: Jesús lo hizo. Se entregó al enemigo, se hizo notar, predicó, todo eso.

WECK: Yo también prediqué. Ahora, predicó. (Apunta a MANSILLA).

TRAUMA: Bueno. Nadie entendió nada. Todos mintieron. Volvamos a casa.

RUBI: Mamá, ¿nosotras en qué creemos?

MANSILLA: No diré nada más. Ni a favor, ni en contra. Ni una sola palabra.

(WECK dispara sobre Mansilla. Criterio y confusión)

TRAUMA: Quizás yo pueda ayudarte a dormir un poco.

(La mata de un segundo tiro. Criterio. Weck mata a todos.)

(Mientras la luz va desapareciendo, en off, se superponen unas radios lejanas y mal sintonizadas, mientras Weck se sienta, ausente, en medio de la masacre:

LOCUTOR 1: "Bueno, esto es una carnicería. El mito de la violación de Europa justamente instala, para los griegos..."

LOCUTOR 2: "...curioso experimento en el que dos trenes lanzados en direcciones opuestas, uno contra otro..."

LOCUTOR 3: "...el despliegue de los ejércitos de Hitler sobre el Corredor de Danzig..."

LOCUTOR 2: "...porque si en nuestra percepción incorporamos la idea de sucesión, y por lo tanto la idea de FINAL..."

LOCUTOR 3: "Cabe esperar que Europa no tardara en reaccionar a esta entrada sobre Polonia que..."

LOCUTOR 2: "...la idea de final instala la noción de un JUICIO, y al final siempre está el Apocalipsis..."

RUBI: (Su voz es clara en medio de la oscuridad) Es una cruz, al final de un camino, mamá... Ahora lo veo... El tiempo retrocede, todo vuelve a pasar, mamá, qué raro es el tiempo.

PUNTO DE INFLEXION

EL TIEMPO RETROCEDE

XIV

Weck y Mansilla en posición idéntica a la escena X. Trauma en el piso; el rostro está quizás manchado de sangre.

MANSILLA: No creo que haya sufrido. Un

poco sí, quizás. Puede ser que me haya puesto un poco nervioso y la haya lastimado... no quiso probar el vino del Rhin. (Le muestra un vaso de vidrio roto.) ¿Sabe cómo se conocen las uvas para este vino? ¿Para qué vino?

WECK: ¿Para ése?

MANSILLA: ¿Éste? ¿A qué vino?

WECK: No tengo ni idea. Supongo que se eligen las más maduras.

MANSILLA: No, no, ¿para qué vino?

WECK: Era mi hermana.

MANSILLA: No sé si creerle. Los demás escaparon.

WECK: Tenía que saber si estaba muerta.

MANSILLA: (Silencio. Luego, a Trauma) ¡Trauma! (Trauma despierta y va hacia él) Mach dir keine Sorgen. (Trauma besa a Mansilla en la boca.) Weck ist hier.

TRAUMA: Na klar. Ich sehe schon. Buenos días, Weck.

WECK: Hola.

TRAUMA: Los dejo solos (Sale, pero vuelve a entrar rápidamente y se sienta.)

MANSILLA: ¿Cómo voy a hacer para dejarlo ir?

WECK: No veo el problema. Nadie me conoce, salvo usted, Mansilla.

MANSILLA: Sí, sí, ya sé... Quiero decir, van a sospechar...

WECK: Para nada. Yo mismo llegué hasta acá. ¿Pensarán que soy tan estúpido de ir a meterme en la boca del enemigo?

MANSILLA: No, claro. No es tan estúpido. Ni siquiera sabe de quién es enemigo.

WECK: Muy bien. ¿Puedo llevármela... Llevarla?

MANSILLA: No.

WECK: ¿Por qué no?

MANSILLA: ¿Qué más quiere? ¿Que el Führer lo condecere?

XV

WECK: No, eso lo hemos reservado para el buen Mansi... ¿De verdad se llama Mansilla?

MANSILLA: (A Trauma) Es la primera vez que lo veo interesarse por algo. (A Weck) Tengo que saber qué les voy a decir sobre usted.

WECK: Yo soy invisible, nadie me ha visto. Dígales que Trauma era la cabeza organizada de la resistencia checa.

(Trauma y Mansilla ríen e intercambian algunas palabras en alemán, a las que Weck asiste agobiado y atónito).

MANSILLA: Sería más fácil matarlo ahora.

WECK: Sí, no gana ni pierde nada. Pero si me deja ir todavía puedo entregarle a los otros. A Bruno, Adolf, Dorita...

MANSILLA: Está bien. Salga discretamente. No hable con los guardias, en ningún idioma. Y cuando llegue a la calle desaparezca.

WECK: Es lo que tenía pensado. (Pausa) Algo más: si las cosas se complican, dígales que soy el hijo de Dios. Dígales que el Dios de los judíos se presentó ante usted, pero que no le dio ningún mensaje importante.

MANSILLA: Esa sí que es buena. Ya quiero yo explicarle eso a un consejo de guerra.

WECK: Es una idea que puede funcionar.

MANSILLA: (Riendo) ¡Puedo agregar que hizo milagros, que tocó el acordeón, y que se iluminó Praga con el relámpago divino!

WECK: (Pensativo, mirando el estuche del ciego) No. Pero puede decirles esto. (Murmura algo en hebreo)

MANSILLA: (Riendo) Váyase. Desaparezca.

WECK: (Sigue murmurando algo en hebreo. Recoge el estuche del acordeón. Un relámpago súbito ilumina la escena; el ruido de un único trueno, como un disparo. Luego, apagón.)

Bruno, Dorita y Adolf en las posiciones en que terminarían en la escena XI.

El trueno de la escena anterior ha sido el disparo del revólver de Adolf. Bruno tiene los ojos enormemente abiertos. Luego cae al piso, muerto.

ADOLF: Traé las valijas.

DORITA: Pensé que no iba a entrar más.

ADOLF: No hay que perder tiempo. Los alemanes pueden encontrarnos antes de tiempo. Vamos, Mansilla nos espera. Hay que disfrazarse, nos va a hacer subir al tren.

DORITA: ¿Puedo ponerme un traje de trezuda?... Escuchó todo atrás de la puerta, y no fue capaz de entrar antes. Este es el que más gozaba de verme sufrir.

ADOLF: (Tiernamente) No seas injusta. Todos gozamos bastante viéndote sufrir.

DORITA: (Boba) Loco. ¿Mansilla también viaja a Berlín?

ADOLF: No creo. Ya lo transferirán dentro de unos días, para condecorarlo. Es posible que lo manden a Polonia.

DORITA: En Berlín quiero un departamento luminoso, amplio.

ADOLF: No conviene que nos hagamos notar. Por lo menos por un tiempo.

DORITA: Siempre quise vivir en Berlín. ¿Por qué no conviene? ¿Somos... judíos, acaso? Qué tonta. Digo, ¿quién es judío? ¿Polonia es judía?

ADOLF: Weck nunca te habría llevado.

DORITA: ¿A Berlín? Puede ser. Lo voy a extrañar. Pero no te pongas celoso. Soy así, un poco puta. (Toma unas valijas y va a salir) Bruno era bueno. Era honesto. Es el único que creyó en algo. Iba a matarme, se dio cuenta de todo. ¿Oís? Todavía está vivo. Parece que quiere hablar.

ADOLF: Andá saliendo. Yo me encargo.

DORITA: No, quiere decir algo. ¿Qué es

Bruno, qué es? Quiere decir algo, no estoy soñando. Hay que escucharlo. Yo diría también alguna cosa, pero estoy extraviada. No tendría ningún sentido. ¡Por favor, habla, qué es? (Dorita lo sacude, desesperada. Presa del llanto.) ¿Qué es? ¡Alguien tiene que decir algo que valga la pena! ¿Qué es? (Apagón)

XVI

Frau Vogel y Herr Vogel sentados en el living de su casa. Ella bastante más asustada que él. Entra Mansilla desde el interior de la casa.

HERR VOGEL: Como podrá ver, no hay nadie.

FRAU VOGEL: Nosotros no tenemos nada que ocultar.

MANSILLA: ¿Por qué dijo eso?

FRAU VOGEL: Me pareció adecuado.

MANSILLA: Sin embargo, ésta es la calle de la florería y ésta es la única casa con reja negra.

HERR VOGEL: En eso se equivoca.

FRAU VOGEL: La casita de al lado es idéntica a ésta. Ahí sí que hay gente muy ruidosa.

MANSILLA: ¿Qué quiere decir?

FRAU VOGEL: Nada. Eso. Gente muy extraña. Y una escucha, a través de las paredes.

MANSILLA: Mis datos fueron precisos: la casa de rejas negras.

HERR VOGEL: Y su informante... ¿es confiable?

MANSILLA: Supongo que sí. No. No lo es.

FRAU VOGEL: ¿Por qué no se fija entonces en la casa de al lado, mientras yo les preparo un café a sus hombres?

MANSILLA: Muy bien. No salgan de la casa. Puede haber incidentes. (Va a salir y regresa. A Herr Vogel.) ¿Dónde nos vimos antes?

HERR VOGEL: ¿Antes?

MANSILLA: Sé que nos hemos visto antes. Dígame dónde.

HERR VOGEL: ¿Antes de qué?

MANSILLA: No salgan de la casa.

Sale. Se oyen algunas instrucciones en alemán. Pasos en la calle. Luego silencio.

FRAU VOGEL: Ya está. Los despistamos.

HERR VOGEL: Saquémonos estos disfraces.

FRAU VOGEL: ¿Estás loco, Weck? Todavía pueden volver. Voy a preparar el café.

HERR VOGEL: Entonces Bruno finalmente les dio nuestra dirección a los alemanes.

FRAU VOGEL: Supongo. No sé por qué desapareciste después del atentado en la estación. No te importó lo que pudiera pasar conmigo.

HERR VOGEL: Adolf sabe cuidar de los dos. (Silencio de Frau Vogel).

FRAU VOGEL: No sabíamos dónde estabas.

HERR VOGEL: Calláte.

FRAU VOGEL: Pensamos,... pensé... que quizás estabas muerto.

HERR VOGEL: Te hubiera gustado.

FRAU VOGEL: ¿Por qué me tratás así?

HERR VOGEL: Andá a hacer el café.

FRAU VOGEL: Todos creen que soy una estúpida, y que entonces me pueden tratar como a un perro. Ya verán que no es así.

MANSILLA: Muy bien, tenían razón.

FRAU VOGEL: ¿Era la casa de al lado?

MANSILLA: Sí. ¿De cuál me habla? Hay dos casas al lado. En una encontramos esto. (Le muestra la tarjeta de Navidad) ¿Se refiere a esa casa?

FRAU VOGEL: Sí.

MANSILLA: ¿Por qué?

FRAU VOGEL: ¿Por qué, qué?

MANSILLA: ¿Reconoce esta tarjeta?

FRAU VOGEL: ¿Esa tarjeta...?

MANSILLA: Está dirigida a Frau Vogel. ¿Es usted, no?

FRAU VOGEL: No...

MANSILLA: Antes me dijo que sí.

HERR VOGEL: Mi apellido es Vogel.

FRAU VOGEL: Sí. Yo casi nunca uso el de casada.

MANSILLA: ¿Por qué?

FRAU VOGEL: Bueno... porque... ¿Qué tiene que ver?

MANSILLA: ¿Qué hacía esto en la casa de al lado?

FRAU VOGEL: Yo se la regalé a Dorita.

MANSILLA: ¿Conoce su nombre?

FRAU VOGEL: Bueno... Creo, Dorita, Dorina, algo así. Estuvieron aquí una tarde, los inquilinos de al lado, tomando el té. Yo preparé un Guadalupe.

MANSILLA: Y usted les regaló la tarjeta.

FRAU VOGEL: Sí.

MANSILLA: Muy bien. Eso lo explica todo. No había nadie. Se deben haber separado después del último atentado. Encontramos mapas, anotaciones, cosas. ¿Reconoce esta libreta?

FRAU VOGEL: No, no la conozco.

MANSILLA: Mejor así. No dejen de avisar si los ven por aquí.

HERR VOGEL: Por supuesto.

MANSILLA: Adiós.

FRAU VOGEL: Un momento. (Pausa) ¿Qué me dice del café?

MANSILLA: ¿Por qué me ofrece café? ¿Por qué justamente ahora, ahora que me estoy yendo?

FRAU VOGEL: Pensé que...

MANSILLA: Hay algo muy sospechoso en todo esto.

FRAU VOGEL: ¿Sí?

MANSILLA: Sí. Adiós. (Sale)

FRAU VOGEL: ¡Tiene mi libreta!

HERR VOGEL: (Mientras sale al interior de la casa) ¿Qué habías anotado ahí?

FRAU VOGEL: Tonterías, versos. Tenía versos. Cosas lindas que fui escribiendo con el tiempo. Cosas de amor. Puede ser que hubiera también alguna referencia a algo... a algo más real, no sé. Algún nombre, algún nombre de alguien mezclado con los versos...

WECK: (Entrando por donde ha salido Herr Vogel, aún cambiándose el saco). ¿De alguien, quién?

FRAU VOGEL: No sé, no sé. Tenemos que irnos lejos.

WECK: Sí. Dorita...

FRAU VOGEL: ¿Qué?

WECK: Es muy importante que me digas algo.

FRAU VOGEL: ¿Qué?

WECK: ¿Alguna vez me quisiste en serio?

FRAU VOGEL: No voy a contestar estupideces.

WECK: Es importante.

FRAU VOGEL: ¿Para quién?

WECK: Por favor.

FRAU VOGEL: No me gusta que pidas por favor. No me gusta esto. Me voy a cambiar. (Apagón).

XVII

Weck y Adolf, sentados a la mesa. Podría ser que estuvieran en posición simétrica respecto de la Escena IX. Es decir, que si hubiera elementos escenográficos, éstos podrían haberse girado 180 grados. Ellos están sentados al revés, como si toda la escena se viera en espejo.

ADOLF: ¿Por qué te fuiste? Después de lo del tren. ¿Por qué? Sonó el tercer silba-

to, y no avisaste a nadie... No sabíamos nada. Algunos vinimos para acá... Pensamos que la calle de la florería sigue siendo la más discreta.

WECK: ¿Dónde está mi hermana?

ADOLF: Pensé que ya lo sabrías. Lo mejor es irse. A Hungría.

WECK: ¿Qué le pasó? Por favor.

ADOLF: De Bruno tampoco supe nada.

WECK: ¿Te molesta que pida por favor?

ADOLF: No.

WECK: Te molesta.

ADOLF: Un poco. Sí, es insoportable. Dorita se salvó.

WECK: Peor para todos nosotros.

ADOLF: La despreciás.

WECK: No. Soy despreciable.

ADOLF: Todos lo somos, de alguna manera.

WECK: Hablemos de eso.

ADOLF: Sabés que no es posible. No es posible hablar de eso. A mí a veces también me gustaría.

WECK: ¿Dónde vieron a Trauma por última vez?

ADOLF: Tu hermana no pudo... no escapó. O no quiso, no sé.

WECK: ¿Entonces?

ADOLF: Pensé que ya lo sabías. Está muerta. (Pausa) Fuiste vos, ¿no es cierto?

WECK: (Niega con la cabeza) Bruno. Supongo. O vos. No voy a seguir adelante. Quiero ver a Dorita.

ADOLF: Quizás no volvamos a vernos, Weck.

WECK: Error. Nunca nos hemos visto.

XVIII

Weck de nuevo frente al Mendigo. La música deforme del acordeón sale del parlantito

que el Mendigo sostiene en la mano.

MENDIGO: Y agradezco a Dios. Los buenos vecinos pagan de alguna manera sus culpas. Alguien tiene que saber dónde está. Alguien me lo va a devolver.

WECK: Quizás tendría que enojarse con Dios, o con los buenos vecinos.

MENDIGO: No podría. Son gente tan cansada.

WECK: Alguno de ellos le robó el instrumento.

MENDIGO: Es cierto. Pero con ése tampoco estoy enojado. Tarde o temprano me lo va a devolver.

WECK: Ahí lo tiene. (Deja el estuche a un lado del ciego. La música se detiene.) Supongamos que existe sólo una persona que es capaz de perdonarme. Supongamos que yo me he encargado de que así sea. (Se arrodilla).

MENDIGO: Lo siento. No voy a perdonarlo, no soy tan estúpido.

WECK: ¿Qué quiere decir?

MENDIGO: Lléveselo. Nunca lo he visto.

WECK: ¡Ahí tiene su acordeón, tiene que cumplir su promesa!

MENDIGO: (Se saca violentamente los anteojos. No sabemos si ve) Me tienen har- to, usted y el otro. Son lo mismo.

WECK: ¿Qué otro?

MENDIGO: El que vino antes, el otro. Hizo exactamente lo mismo. Se encargó de que todos creyeran en él. O por lo menos algunos. Pero ya es tarde. Llegó en el momento incorrecto, y al lugar menos apropiado. Estamos en el umbral de una guerra. Yo por mi parte, no lo he visto. No voy a perdonarlo. Tampoco voy a ser el que lo castigue. Algún día terminará esta desgracia. (Prende la música) Así que si alguien lo vio, acuérdesse de este pobre ciego, que tuvo que enterrar lo único que tenía en esta tierra, y que se niega a regresar. Porque no es posible cometer tantas veces el mismo error. Alguien se ha desorientado. Díganme ustedes quién.

Weck se lleva el estuche y sale en silencio.

XIX

HILDA: Ahora sí estaremos en paz. Me alegra que entienda la situación.

WECK: No la entiendo.

HILDA: ¿Por qué nos ayudó a matar a Günter, entonces?

WECK: Rubí me lo pidió.

HILDA: Pobre hija mía. No podía hacer otra cosa. Con su padre pasó exactamente lo mismo. ¡Y yo, aquí, mutiladas mis alitas! ¡Tener que ver cómo esos descarados abusaban de mi Rubí!

RUBÍ: Puede ser que yo los haya alentado un poco, mamá.

HILDA: No, criatura, no. No sientas pena, no digas tonterías. Eran tipos brutos. Sin malicia, pero muy brutos.

RUBÍ: Vos sos peor, Weck. Consentiste en matar a un hombre que no te había hecho nada.

WECK: ¡Vos me lo rogaste!

RUBÍ: No tenías que aceptar.

WECK: ¿Pero qué pasa, ahora?

RUBÍ: No puedo querer a un asesino.

WECK: En todo caso, estamos en la misma. Ya te habías cargado a tu padre. El anterior, digo, el verdadero.

RUBÍ: No importa, yo no te estoy pidiendo que me quieras. No veo por qué es tan importante que te quiera. Fue vergonzoso oírte pedir por favor.

WECK: Dijiste que querías venir conmigo a Praga.

RUBÍ: Lo sigo diciendo. Pero no voy a quererte. Nunca. No estoy tan loca. (Sale)

HILDA: Es un poco dura, al principio. Espere, no se vaya. Falta tirar el cuerpo al lago. Un cuerpo magnífico.

WECK: No cumplió su promesa. Dijo que iba a quererme si la ayudaba con esto.

HILDA: ¿Qué importancia tiene? Es una

nena tan fea. En Praga no le faltarán mujeres.

WECK: Necesito que una, por lo menos una, me quiera.

HILDA: A veces “por lo menos una” es un número demasiado grande. Imbécil. Ase-sino. Me repugna usted, y todo lo suyo. Gracias por sacarnos ese peso de encima. ¡Ay, Günter, si tan sólo te hubieras fijado en mí, tal como era el plan! Un hombre hermoso, Günter, bruto y hermoso, un cuerpo de hombre yaciendo en el fondo oscuro del lago.

XX

Weck toma su desayuno en una mesa. A su lado están sentados Mansilla e Hilda en su silla de ruedas.

HILDA: La piel, tan delgada, que nos separa de lo que se pudre dentro del cuerpo. Y sí, es una ciudad convulsionada. ¡Rubí! Habrá salido a buscar más manteca. ¡Günter, querido! Quizás necesiten, necesite ayuda. Si me disculpan... (Sale tan rápido como le permiten sus ruedas).

MANSILLA: No entiendo por qué lo está haciendo.

WECK: No importa que lo entienda. Basta con que se memorice estos datos.

MANSILLA: Voy a tomar nota.

WECK: Como quiera. Es la casa de rejas negras, justo al lado de la florería. ¿Conoce la calle?

MANSILLA: Sí. ¿Cómo se llama el cabecilla?

WECK: Adolf.

MANSILLA: ¿Y usted, Weck? ¿Por qué no me dice su nombre real? El Führer le estará muy agradecido por el servicio que presta a su país.

WECK: Weck es mi nombre real. No me importa decírselo.

MANSILLA: Entonces a mí no me importa anotarlo.

WECK: No me importa qué piense el Führer. Además, no creo que su delirio llegue demasiado lejos.

MANSILLA: Puede ser que se equivoque. Se avecina una gran guerra, querido Weck. Una gran guerra que va a ser ganada por Alemania. Una guerra que va a cambiar la historia del mundo.

WECK: A mí qué me importa. La historia del mundo.

XXI

El hotel. Weck acaba de llegar.

HILDA: Es sospechoso. Nada más. Un hombre que huye de Praga...

WECK: Yo no huyo de Praga...

HILDA: Que huye hacia el campo, y pide hospedaje en un lugar como éste... Yo no confiaría en usted. No le creería ni media palabra.

WECK: ¿Tiene habitación o no?

HILDA: Puede ser. Espere a que venga mi hija. ¡Rubí! ¡Bajá, querida!

Le advierto que no queremos problemas. No estamos con ningún bando. Si los alemanes dicen que ahora los checos somos alemanes, así será. ¡Qué puede importarle a una! ¿Usted que piensa?

WECK: ¿Del referendum?

HILDA: ¿Es idiota?

WECK: No sé. Todo es tan complejo. Me duele tanto la cabeza. Hace tiempo que no duer...

(Aparece Rubí.)

HILDA: Ah, bajó la princesa. El señor...

WECK: Weck.

HILDA: ...Weck va a ocupar la cuatro.

RUBÍ: ¿Cuál es la cuatro?

HILDA: Boba, la cuatro, al fondo, sobre el lago. La cuatro, la cuatro. Uno, dos, tres, cuatro.

RUBÍ: La cuatro. Es ahí al fondo. Tendrá que tenderse la cama.

WECK: No hay problema. Permiso. (Sale)

HILDA: No hay ninguna necesidad de que te hagas notar. Decíme dónde está Günter.

RUBÍ: Qué sé yo.

HILDA: Muy bien. Lo voy a esperar aquí. Haciéndome la tonta.

RUBÍ: Eso es problema tuyo. ¿Será verdad que viene de Praga?

HILDA: Ya le echaste el ojo, perra, puta, lasciva. Monstruo checo.

RUBÍ: Ojalá éste me amara en serio. Ojalá hubiera alguien que me quisiera. Alguien.

HILDA: Tu madre te quiere.

RUBÍ: Ya lo sé. (Se deja caer al lado de la silla de ruedas, abrazada a su madre, y llora desconsoladamente.) ¡Soy tan infeliz, mamá!

HILDA: (Fría y hermosa) Todos lo somos. Pero algún día llegará aquél que nos saque de todo esto. Es como si lo viera. No se puede seguir sufriendo eternamente. Eso es algo que... no puede ser. Dios no lo va a permitir.

Entra Mansilla. Está cabizbajo, casi débil. Un general alemán, pero débil, como si ya hubiera pasado por todo esto. Lentamente, se pone un brazalete: es la svástica. Hilda lo observa en silencio, mientras se mece apenas con Rubí en brazos. Apagón.

XXII

Weck y Trauma en la estación del tren. El Mendigo está parado al lado de un estuche vacío.

MENDIGO: Que me voy a morir, sin mi acordeón.

TRAUMA: No se lo des.

WECK: Adolf tenía razón: este pobre ciego no sabe que no hay destino peor que el suyo. Se comparará a su vez con las ratas...

TRAUMA: (Se escucha el primer silbato) Queda poco tiempo.

WECK: No me interrumpas.

TRAUMA: No interrumpo. Nada más digo lo que me parece.

WECK: ¿Por qué... dijiste eso?

TRAUMA: ¿Qué?

WECK: Nada. (Suena el segundo silbato)

TRAUMA: Cuando suene una vez más te vas a ir.

WECK: No.

TRAUMA: Es necesario. Vas a reunirte con Mansilla en esta dirección.

WECK: No quiero hacerlo.

TRAUMA: Es necesario. Vas a decirle tu nombre verdadero. Cuando lo escuche, te va a pedir anotarlo. Vas a repetirle el nombre.

WECK: No quiero.

TRAUMA: Está escrito.

WECK: ¿Dónde está escrito? Hasta ahora no me han dado pruebas.

TRAUMA: No hay que pedir pruebas. Está escrito. Es más aún, esto ya sucedió. Toda la historia ya sucedió. Nadie puede negarse a cumplir su parte. Cada cosa es única, y ocurre siempre del mismo modo.

WECK: ¿Voy a volver a verte?

TRAUMA: Bien sabés que sí.

WECK: ¿A verte... con vida...?

TRAUMA: Es necesario.

MENDIGO: (Se quita los anteojos) Perdonen un segundo, nada más. No pude evitar oír la conversación. Y si bien mi opinión es la de un pobre ciego, creo que harían bien en escucharla. Sobre todo usted.

TRAUMA: No lo escuches...

WECK: ¿Lo dice por mí?

TRAUMA: ...éste es el que te perdonará.

MENDIGO: Es una verdad muy simple. Y es hora de que alguien se entere.

TRAUMA: No lo escuches.

MENDIGO: Voy a hablar. (Suena el tercer silbato. El Mendigo calla. Un instante después, mientras empieza a hablar, suena la detonación.) Yo que era la alegría de este pueblo. De esta ciudad triste... Mi hijita, por su parte...

XXIII

Frau y Herr Vogel, sentados en el living de su casa.

FRAU VOGEL: ¿Oíste eso?

HERR VOGEL: ¿Qué habrá sido?

FRAU VOGEL: ¿El horno?

HERR VOGEL: ¿Está prendido?

FRAU VOGEL: Me puse a calentar unos scones.

HERR VOGEL: Habría que ver si no explotó.

FRAU VOGEL: Sí. (Se quedan sentados) ¿Vendrán?

HERR VOGEL: Podríamos habernos muerto.

FRAU VOGEL: ¿Cómo?

HERR VOGEL: Digo, si hubiera sido el horno.

FRAU VOGEL: ¿Habrá explotado?

HERR VOGEL: Y si hubiéramos estado en la cocina.

FRAU VOGEL: Sí. La vida humana es tan frágil.

HERR VOGEL: Imagínate. Por ponerse a calentar unos scones.

FRAU VOGEL: Sí. (Pausa) Les puse ralladura.

HERR VOGEL: No creo que vengan.

FRAU VOGEL: Walter...

HERR VOGEL: Qué.

FRAU VOGEL: Si hubiéramos muerto en un accidente...

HERR VOGEL: Un accidente hogareño.

FRAU VOGEL: Es lo mismo.

HERR VOGEL: No.

FRAU VOGEL: Si todavía no me dejas terminar.

HERR VOGEL: No es lo mismo morir preparándose unos scones. Esas son cosas que pasan, que no se pueden evitar. Imagínate. Prender el horno, y sin más...

FRAU VOGEL: Es claro.

HERR VOGEL: Pero hay otras muertes que sí podrían evitarse.

FRAU VOGEL: Quiero decirte algo.

HERR VOGEL: ¿Qué es?

FRAU VOGEL: Que ya lo sé.

HERR VOGEL: ¿Qué cosa?

FRAU VOGEL: Ya sé que votaste por los alemanes en el referéndum. Y vos sabías que yo lo sabía. Pero... eso. Ya sé que los votaste. No hace falta que me digas nada.

HERR VOGEL: ¿Y eso?

FRAU VOGEL: Nada. Quiero que sepas que te quiero.

HERR VOGEL: No van a venir, estos desgraciados. Va a tener que venir tu hermano y hablar directamente con ellos.

FRAU VOGEL: ¿Vos decís que renovarán contrato?

HERR VOGEL: No sé. Son gente rara.

FRAU VOGEL: Sí. Los terroristas son así.

HERR VOGEL: Siempre hubo terroristas.

FRAU VOGEL: ¿Habrá sido el horno?

HERR VOGEL: Andá a fijarte.

(Pausa)

FRAU VOGEL: Me preguntaba... Si hubiéramos muerto esta misma noche...

HERR VOGEL: ¿De qué podríamos morirnos esta misma noche?

FRAU VOGEL: ...¿quedaría tiempo para arrepentirse? (Pausa) Para arrepentirse, digo yo. Arrepentirse.

XXIV

Epílogo

Cerda, la más hermosa de todas las mujeres. Está sentada al lado de Weck, que duerme en silencio, sentado en la silla de ruedas. La habitación es muy luminosa. Es la primera vez que se ve todo tan claramente. Uno debería descubrir que todo ha ocurrido en la semipenumbra, hasta este momento. La luz blanca y liviana irá inundando la escena, se reflejará en todos los objetos, inmaculadamente blancos, acariciará el cuerpo tibio de Cerda, envolverá a los personajes hasta transformarse en un manto luminoso, casi imposible de mirar. Desde el comienzo de la escena, se escucha una voz que monologa detrás de la ventana: es Adolf. Creemos reconocer algunos de sus textos; son cosas que ya ha dicho durante la obra.

CERDA: Estás en los brazos de Cerda. Cerda, que no te va a dejar caer.

WECK: ¿Qué día es?

CERDA: Son las doce del mediodía. En el sueño, es donde somos más débiles. Pero el sueño repara. Por eso es necesario. A veces me pasa, sin embargo, que me despierto por casualidad. Es decir, no es por casualidad, pero me despierto y sé que podría no haber despertado. ¿Vos nunca pensaste en ir a vivir al campo?

WECK: No, al campo no.

CERDA: Cuando me muera, ojalá me muera durmiendo. Así no me daría cuenta de nada.

(Weck, más atento a la voz que escucha afuera que a Cerda, súbitamente la besa)

CERDA: Vos creés que soy muy hermosa. Cuando dejes de amarme, inmediatamente dejarás de verme hermosa.

WECK: No.

CERDA: (Abre la ventana y la voz de Adolf deja de oírse) Tuviste un sueño.

WECK: ¿Cómo sabés?

CERDA: Contámelo.

WECK: Es un sueño triste.

CERDA: ¿Es complicado?

WECK: No, es sencillísimo. Un hombre muere para salvarlos a todos, después resucita y va hacia Dios, que no es una abstracción, sino una cosa más bien parecida a él.

CERDA: Todavía hay tiempo.

WECK: ¿Por qué preguntás... todo? El hombre está contento de su acción: ha salvado las almas de millones de otros hombres iguales a él. Pero Dios se niega a salvar la suya propia. Le dice: "Weck", porque el hombre se llama Weck, "Pobre Weck. No te conozco. Sé quiénes son todos los hombres que he creado, pero no sé quién eres." "No soy un hombre", le dice Weck. "Soy tu hijo. Nunca he sabido qué hacer, nunca he encontrado mi lugar entre ellos." Dios calla un instante y luego dice: "Entonces, ¿cómo esperas que salve tu alma, tú, que no la tienes?"

CERDA: ¿Hay más?

WECK: Supongo que sí, pero ahí termina el sueño.

CERDA: Muy bien. Ese hombre debería hacer tres cosas. Buscar alguien que lo ame, alguien que lo perdone y alguien que lo castigue. Dios no puede resistir esa evidencia, y lo reconoce como humano. Finalmente salva su alma.

WECK: Ojalá. Siento simpatía por ese hombre. ¿Vamos a desayunar?

CERDA: ¿Cómo muere?

WECK: ¿Quién?

CERDA: Ése. ¿Cómo muere? (Weck no contesta) Yo espero morir durmiendo. Y no enterarme.

WECK: Sos tan dulce. Vamos a desayunar.

CERDA: Esperá, un rato más... Un segundo... Yo me voy a quedar un rato... así.

WECK: Cuánta luz.

CERDA: Es un día maravilloso, uno de esos días en los que suceden las cosas importantes. Praga, verano del 39. (Vuelve a escucharse pasar el avión de la Escena I. Adolf aparece en el marco de la ventana, y es testigo mudo y frío de todo cuanto se dice.) Vení, durmamos un minuto más, uno sólo...

WECK: Es tarde. Voy a levantarme... (Se para y comienza a vestirse. La ropa le es extraña; algunas prendas pertenecen a otros personajes)

CERDA: Un segundo nada más, un segundo, qué es un segundo para el tiempo del mundo,

ADOLF: Nada.

CERDA: Nada. Un segundo no es nada... (Se deja caer en la silla de ruedas)

WECK: Es una buena solución, digo, lo del hombre...

CERDA: ¡Nada!

WECK: Si vuelvo a soñar con él, voy a explicárselo claramente. "Weck", le voy a decir: "Tendrás que encontrar alguien que te ame, por lo menos una persona, una sola que te ame en serio. Alguien que te perdone, por lo menos uno que sea capaz de entender que el alma humana está a veces llena de malicia. Y un tercero que te castigue, alguien que pueda decirte: "Esto no podías hacerlo y aún así lo has hecho". Todo es bien sencillo, cuando hay luz se pueden ver las cosas claramente. Cerda. (Pausa) Cerda, ¿me oís? (Pausa) Cerda. Le voy a decir: "y un tercero, que te castigue. América es importante, Rusia es importante. Mi madre lo sabe y quiere verme muerta." ¡Cerda! Todo es bien sencillo. Hoy, por primera vez, no estoy confundido.

ADOLF: ¿Vamos?

WECK: Sí. (Tropa a la ventana para salir de la habitación pero queda allí todavía un momento) ¡Cerda! (Pausa) ¡Cerda!

El apagón cae cuando la luz y la quietud son ya insostenibles.

Escrita entre marzo de 1995 y marzo de 1996.

*Rafael Spregelburd
(Buenos Aires, 1970)*

*Dramaturgo, actor y director
<http://www.autores.org.ar/spre>*

Formado en los talleres de dramaturgia de Mauricio Kartun y José Sanchis Sinisterra y de actuación de Ricardo Bartis, la posición de Spregelburd dentro del teatro porteño es múltiple y representa una de las tendencias más peculiares del quehacer teatral en nuestro medio: la de autores que escriben sus propias dramaturgias o que devienen directores de sus textos, integrando así la dramaturgia, la actuación y la puesta en escena como aspectos de un mismo problema estético.

Obtuvo numerosos premios de dramaturgia, entre los que se cuentan el Premio Municipal (1992) por «Cucha de almas», el Premio Argentores (1995) por «Remanente de invierno», el Premio Nacional Iniciación por «Destino de dos cosas o de tres», Premio del Fondo Nacional de las Artes por «Cuadro de asfixia», Premio Buenos Artes Joven por el montaje integral de «Dos personas diferentes dicen hace buen tiempo» (en coautoría con Andrea Garrote), Premio de la facultad de Psicología de la UBA por «La tiniebla», Ternas de los premios Trinidad Guevara y María Guerrero 1999 por «La modestia», etc.

Integrante del disuelto grupo de autores CARAJA-JÍ, ha publicado y estrenado, entre otras: «Raspando la cruz», «La inapetencia», «La extravagancia» y «La modestia», esta última en cartel dentro del marco del II Festival Internacional de Buenos Aires y el Festival de Otoño de Madrid 1999.

Fundador junto a Andrea Garrote del grupo «EL PATRÓN VÁZQUEZ», algunas de sus obras se han presentado en numerosos festivales del mundo: España, Colombia, Brasil, Portugal, Uruguay.

Ha sido traducido al inglés, francés, italiano, alemán, portugués y holandés y estrenado en diversos puntos del interior del país y del extranjero.

Es además traductor del inglés y responsable de la traducción de obras de Steven Berkoff («Decadencia», «Greek») y de Harold Pinter.

Como docente, trabajó dictando clases de dramaturgia y actuación en el Sportivo Teatral (que dirige Ricardo Bartis), en el Centro Cultural Ricardo Rojas de Buenos Aires, en el Festival de Bogotá (Colombia), a través del Instituto Nacional del Teatro en Salta, y con grupos independientes de Río Gallegos, General Roca y Bahía Blanca. Para este año, ha sido invitado a dictar un seminario en Casa de América de Madrid y a hacerse cargo de la materia «Taller de dramaturgia» en el posgrado de la Universidad de Medellín, Colombia.

*Rafael Spregelburd. Correo electrónico:
spre@sinectis.com.ar*

*Todos los derechos reservados
Buenos Aires, Argentina. Febrero de 2000
CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e
Investigación Teatral
Director: Carlos Ianni
Bolívar 825. (1066) Buenos Aires. Argentina
Teléfono/fax: (5411) 4361-8348. e-mail:
celcit@sinectis.com.ar
Internet: <http://argen-guia.com/celcit>*